

CRONICA DE LA POLITICA NACIONAL

Motivos universales imprimen en estos momentos a la política de cualquier Estado unas preocupaciones económicas que trascienden angustiosamente de toda razón escuetamente política. España vive, aunque no quieran y aunque no queramos, en ese mismo mundo, y aquel desolador reflejo define, corrige o subordina toda actividad de gobierno, por alejada que parezca del tema económico. Sin inmiscuirnos en ese cercado que la revista ofrece a la técnica económica y al examen objetivo de sus problemas, la crónica nacional española tiene, forzosamente, que dejarse llevar en cierto modo por una realidad que informa, sin pausas, las preocupaciones más sagradas y populares de la colectividad española. Y en lo que va de ayer a hoy, o sea de nuestra crónica anterior a ésta que se inicia ya en 1947, tenemos que acoger con discreto optimismo una serie de perfiles que proyectan con holgura y frente al nuevo año el más agudo tema de la política económica de España: el del abastecimiento.

Con una tendencia irremediable y muy española hacia la crítica procuramos en estos renglones acoger lo más serenamente posible situaciones tangibles. Ante todo, queremos decir que despreciamos el ángulo puramente relativo de nuestros abastecimientos, o sea que damos por descontado que quien nos lee, si es que alguien persiste en leerlos, no es un mentecato y sabe perfectamente que en cualquier país de Europa, sin excepción alguna, el índice alimenticio y del bienestar colectivo es abrumadoramente más bajo que en

nuestra Patria. No es, sin embargo, un cuadro propagandístico de comparaciones lo que tratamos de recoger aquí, sino que al establecer un paralelismo absoluto entre el problema del abastecimiento hace tres meses y estos días de febrero, vemos que el avance resulta a ojos vista muy notable. Los resultados de la excelente cosecha del pasado año, el acuerdo comercial con Argentina y también —seguramente— una mayor audacia, nunca reñida con la prudencia, en la política oficial de distribución, permiten a estas fechas un racionamiento más positivo. Pan y aceite —índices siempre muy reveladores— son hoy una realidad suficiente en todos los hogares españoles. El ancho olivar de España suministra ya un cuarto de litro de aceite por semana y persona y cubre con amplitud las exigencias de la industria. ¡Buen signo!

Lluvias y nieves, a todo dar de Dios. Este es el mejor alborozo español frente a la primavera. Han desaparecido, de golpe, todas las restricciones eléctricas, la tierra sorbe torrenteras inmensas hacia sus fuentes subterráneas, se aprieta la nieve en los ventisqueros en espera del sol, y la gran industria reanuda su trabajo a toda presión. Es cierto que la riada ha dejado alguna huella sombría. Grandes inundaciones en Sevilla y Badajoz, trastornos momentáneos en las comunicaciones y dolorosos problemas humanos a los que se ha acudido con energía y prontitud. El balance, sin embargo, es inmejorable. Las cuatro quintas partes de nuestros embalses garantizan ya la fuerza de las turbinas. «Un solo día de paro en la industria catalana —decía un ilustre ingeniero— produce más perjuicios económicos que todas las inundaciones habidas hasta la fecha.» La afirmación no extrañará mucho cuando se sabe, por ejemplo, que la terrible sequía de 1945 ocasionó a la siderurgia bilbaína más quebrantos que los tres años de guerra.

POLÍTICA ESPAÑOLA Y POLÍTICA ROJA

¿Y de política? El año 1946 se había cerrado con una larga sesión de las Cortes Españolas en las que fueron sometidos a la aprobación de los procuradores importantísimos

proyectos de ley: Arrendamientos Urbanos, Presupuestos, Ordenación Bancaria y Reforma Tributaria, entre otros. A nuestro juicio, esta reunión de las Cortes Españolas debe señalarse de una manera particular y significativa, dentro de esta segunda etapa histórica de las Cortes. Los proyectos, singularmente el de Arrendamientos Urbanos y el de Reforma Tributaria, encontraron en ciertos sectores de la Cámara una fuerte y decidida oposición. Ya en el seno de las comisiones el articulado de los mismos había tenido que atravesar una larga serie de contrastes, deliberaciones y enmiendas que modificaron de un modo substancial el primitivo proyecto gubernamental. Todavía los textos definitivos en la votación del Pleno hubieron de ser aprobados por mayoría de votos y previa la opinión adversa y nominal de un grupo muy numeroso de procuradores. La discusión de estas leyes administrativas y la plena libertad con que han sido discutidas, dentro del flexible reglamento de las Cortes, pone de relieve que nuestra asamblea legislativa ha superado todas las fases de experiencia y de tanteo. Las Cortes son ya un organismo con plena e independiente capacidad legislativa. La reciente ley de Protección al libro español —emanada del seno mismo de la Cámara— y la sesión del Pleno que comentamos marcan, de manera inequívoca, el creciente ritmo político de las Cortes Españolas. El ministro de Justicia, don Raimundo Fernández Cuesta, defendió la ley de Arrendamientos Urbanos en un memorable discurso que fué acogido por los procuradores con vivas muestra de aprobación. Y el ilustre ex ministro de la Monarquía e insigne jurista don Antonio Goicoechea tuvo a su cargo la defensa ante el Pleno del proyecto de ley de Ordenación Bancaria.

Entre tanto, el bullicio democcomunista contra España parece más aquietado. Roto en una humareda sin importancia el famoso globo antiespañol de la O. N. U., la ofensiva —sin cesar por completo— vivaquea apenas en los estúpidos campamentos de cierta prensa y de ciertas emisoras. España y Franco siguen ocupando muchos minutos del malhumor comunista. Siguen siendo, como es sabido, unos heroicos «pariotos» los vulgares asesinos de cualquier pandilla montaraz;

se habla de «resistencia democrática» cuando un petardo callejero vuela la cabeza a un pobre transeúnte inocente; se especula con «Estados Mayores de la Resistencia», Gobierno en exilio, Presidentes de la República española, etc. Lo que hay de verdad en todo ello está al alcance de cualquier consideración infantil. De verdad, de verdad, lo que sucede es que la patulea roja, con domicilio en Francia, camina de mal en peor. Ha dimitido Giral y le ha sustituido un tal Rodolfo Llopis. El prestigio de Giral adquiría ya matices verbeneros. Alguien nos ha contado que en un teatrillo parisién, de ínfima categoría, está de moda un sencillo cuplet, cuyo estribillo dice: «Monsieur Giral attend toujours». Sus ingredientes contra el Régimen español, justo es decirlo, eran muy mezquinos para un farmacéutico que se estime y, realmente, con ellos poco juego podía realizar en la ruleta de Lake Success. Ha perdido estrepitosamente. Tiroteado desde Méjico por Indalecio Prieto; turbiamente mezclado en la difícil explicación de los fondos robados en España y sin un logro concreto después de tantas idas y venidas, la dimisión o destitución era obligada. Desde un poder tan precario y de tertulia como el que representa en París D. Diego Martínez Barrio le llegó el inevitable cese. Durante varios días la pandilla representó una «crisis ministerial» de café en café ante los más humildes cuartilleros de *Le Populaire* y de *L'Humanité*. El periódico madrileño *A B C* hizo de esta crisis un relato humorístico inolvidable. Le sustituyó D. Rodolfo Llopis. «¿Llopis, Llopis?», debieron preguntarse los «Estados Mayores de la Resistencia». Efectivamente, el conocido maestro de escuela, Rodolfo Llopis, usufructúa desde hace algunas semanas si no un Poder, al menos los emolumentos inherentes a semejante entelequia. Sus proyectos, según ha declarado, son impresionantes. Se hará cargo del Palacio de Oriente, un día cualquiera.

LLOPIS SE REVELA

Pocas sorpresas ha deparado la banda en el exilio como este repentino encumbramiento de Rodolfo Llopis. En los tiempos más incendiariamente republicanos de la vida espa-

ñola, Llopis apenas consiguió ser utilizado por otro prohombre de mejor ver que Marcelino Domingo. En las filas siempre activas del marxismo, Llopis era tenido por un sujeto de escasas luces, con irremediable tendencia hacia una especie de imbecilidad convulsa. Su retórica pedagógica, que relecta hoy proporciona minutos de gloriosa hilaridad, no llegó a convencer absolutamente a nadie. Sólo Marcelino Domingo, de cuya estulticia hablan con amplitud todas las crónicas del tiempo, consiguió penetrar en los misteriosos dones intelectuales de Llopis y le nombró Director general de Primera Enseñanza. Luego, en los días horrendos del soviét español, Llopis no se olvidó tampoco de echar su cuarto a espadas en la incitación al crimen. *Mundo Obrero* recogió en cierta ocasión unas declaraciones de Rodolfo en las que se beatificaba, con toda la liturgia comunista, a las «checas» y los piquetes que actuaban sobre el campamento rojo.

Pues bien: este sujeto ha sido elegido ahora por Moscú para una jugada de gran estilo. El proyecto se basa en la famosa táctica del «caballo de Troya» proclamada por Dimitroff en el VII Pleno de la Tercera Internacional. Llopis y su profeta, la «Pasionaria», han comenzado a actuar con la más desenvuelta de las impudicias. El fracaso de Giral levantó en Méjico la airada voz de Indalecio Prieto. Nada de mantenerse en tozudas ilusiones de República democrática a todo pasto. «Mejor una Monarquía débil que una República fuerte», se clamó en todas las tertulias comunistas del exilio. Al vocerío gesticulante de Indalecio respondió en seguida —y por primera vez con actitud coincidente— nada menos que la «Pasionaria». Para uno y otra encontrar cualquier fórmula transaccional en el campo del antifranquismo era urgente e irremediable. Los periódicos rojos que se publican en Méjico y en Francia adoptaron —tan pronto como la caída de Giral fué un hecho— un lenguaje de concordia tan relajado que el juego se descubría cínicamente. Pese a cierta levisima rectificación, el mismo «Presidente de la República», Diego Martínez Barrio, declaró también que ellos no verían con malos ojos una monarquía constitucional, etc. La más audaz en las afirmaciones de ternura y comprensión fué, desde luego, la del representante comunista Dolores Iba-

rruzi. Para ello toda colaboración en aras del antifranquismo era necesaria. Sus brazos —desde luego— se abrían con la impúdica y habitual actitud para acoger a todos los ingenuos y rencorosos. ¿Fue aceptado el guiño? Se dan algunos nombres por las mismas emisoras y periódicos responsables; pero la verdad es que nos faltan auténticas pruebas para lanzar semejante injuria sobre verdaderos apellidos españoles. Por lo pronto —y esto es lo importante— el gran periódico monárquico «A B C» declaró indignadamente que ningún monárquico con residencia en territorio español había tomado parte en un juego tan abyecto.

Naturalmente, que si Llopis y la «Pasionaria» consiguen exhibir para alguna fecha próxima un «equipo de concordia democrática y española» veremos una fase, igualmente estéril, de ofensiva contra la Patria española. Si con semejante esferpento de la traición y del crimen se pretende quebrar la firme voluntad de los españoles, garantizamos desde este momento un segundo 9 de diciembre. Lo triste de ello sería que en el menosprecio del pueblo se hundirían también ideas y conceptos que convendría cuidar un poco más por sus propios y sedicentes partidarios.

Y si en hablar de toda esta tartufería hemos empleado más líneas de las que honestamente debíamos, la razón deben buscarla nuestros lectores en que tales cosas son las únicas que llenan ahora las preocupaciones de las zonas anti-españolas. Quienes para nuestra ira unas veces y nuestro jolgorio otras, nos vemos obligados a leer hojas y más hojas de radio y prensa comunista, sabemos bien que por estos días los temas son muy limitados. La conferencia de Moscú ocupa las intenciones y los proyectos de la III Internacional, y la agitación contra España ha quedado tan sólo en las modestísimas manos de Rodolfo Llopis. Francia ha sido encargada de «prendre sericusement» a Llopis y su orquesta. El papel internacional galo realmente no podía llegar a menos.

Vadecados con bastante fortuna unos tiempos calamitosos, el clima espiritual español aparece transido de una serenidad absoluta. Pocos y buenos amigos nos acompañan oficialmente; pero desde todos los vientos del cuadrante nos llega el afecto y la simpatía de un mundo que empieza a ver claro. Se fueron —personalmente muy tristes— y con fresco viento de invierno los Embajadores «castigados» por la O. N. U. Por aquellos días, el gran Ramón Gómez de la Serna, madrileño hasta la medula por la gracia de Dios, aprovecha su felicitación de Pascuas al director de *Arriba* para felicitar a todos los españoles. Escribió así desde Buenos Aires: «Veo ahora a España más limpia de malos contactos que nunca, y ahora les toca a ustedes ser rigurosos para que no entren en ella turistas indescables. Tienen ustedes de su parte a Dios, y el Arcángel de la espada flamígera debe echar de ese paraíso hermético, como sólo lo es el Paraíso, a todos los que no merezcan estar en él. La más pura de las iniciativas, la de estar solos y sin contagios, les ha sido concedida. ¡A disfrutarla!»

Las doce campanadas finales del año 1946 fueron doce palabras seguras de fe en España. Como nunca ha recibido el pueblo español este nuevo año y como nunca una Nochevieja tuvo tal sensación de libertad, de alegría y de confianza en el porvenir. Por aquellos días, justamente el señor Morgan Phillips —al que Dios entre otros dones ha negado el de la oportunidad— tuvo a bien comunicar al partido laborista británico unos sucesos tan discretos como los que se contienen en esta declaración: «Gran Bretaña es el único país del mundo que ha actuado sin cesar dentro y fuera de España para derrocar al Régimen de Franco; pero no apoyaremos medidas ineficaces. Es completamente inútil imponer sanciones económicas a España si ésta puede obtener, mediante su acuerdo con Argentina, cuanto necesita». Estudiar para «gentleman» en Eton es, por lo que se ve, más fácil que ser un hidalgo en la vida internacional. La noticia llenó a los españoles de tranquilo estupor y a muchos

ingleses de un comprensible sonrojo. La prensa y la radio de España replicaron briosamente a tamaña indignidad diplomática, lanzada desde un país que mantiene normalmente unas relaciones; que nos atosiga comercialmente con sus pedidos y que —bajo un punto de mira estrictamente práctico— tiene sobre la tierra el mismo enemigo que nosotros. El gran «uppercut» dialéctico a esa y otras impertinencias estaba reservado al libro de José María Areilza, *Embajadores sobre España*. Inútil, por innecesario, referirnos aquí a un libro que está absolutamente sincronizado con la rabia y con el desdén de cualquier español bien nacido.

Todo, pues, iba preparando el ambiente popular que acogería al nuevo Embajador de Argentina en España, D. Pedro Radio. Su entrada en Madrid tuvo todo ese viento tumultuoso, alegre, disparatado y cordial de las fiestas madrileñas. Materialmente, la juventud española se lanzó a las calles. ¡Adiós clases en la Universidad y en los Institutos! Fué una mañana pletórica de banderas y de gritos, con el protocolo por los suelos, sin orden ni concierto y con una emoción tan sincera en el aire que hasta los mismos corresponsales extranjeros recogieron, por una vez y con sinceridad, el alborozo español. Añadían —para quitar importancia— que se trataba de una réplica al «ukasse» de la O. N. U. sobre la retirada de Embajadores. Ciertamente, tales caballeros no podían percibir el pulso antiguo y naturalísimo que latía bajo la fiesta; pero aunque su limitada visión del hecho hubiera sido exacta, ¿por eso resultaba empequeñecido? Desde el mismo día de su llegada a España, pasando por la altísima ceremonia de su presentación de Cartas credenciales, la Argentina recibe, en la persona admirable de su Embajador, un testimonio ferviente y familiar de cariño en el que toman parte todos los españoles. Las clases obreras, por su cuenta, han acogido con vivísimo interés y camaradería la llegada a nuestra Patria del Agregado obrero a la Embajada argentina, D. Ramón Vera.

Las extrañas especulaciones que durante algunas semanas han golpeado la mentalidad de los turbios y de los necios, dieron mayor interés, si cabe, a la reciente visita de

personalidades portuguesas a Madrid. De nuevo, Antonio Ferrero —madrileño casi honorario, escritor de limpias letras y sutil rector de la propaganda portuguesa— llegó a la capital de España acompañado de Antonio Eça de Queiroz, hijo del glorioso escritor lusitano. En ocasiones oficiales y también en la más popular y sencilla del estreno de la película «Campeões», las gentes madrileñas dieron buena fe de su comprensión política y del hondo reflejo que Portugal tiene en la conciencia española. Eça de Queiroz pronunció en el Ateneo de Madrid una admirable conferencia sobre la vida y la obra de su padre. Admirable, también, el magnífico poema a Portugal que, con ocasión de estas ceremonias, ha escrito Adriano del Valle. Todo, pues, en las palabras y en las actitudes quedó luminosamente claro y la insidia tendrá que aguardar mejor ocasión.

SUCESOS Y OPINIONES

Y aunque nuestros lectores más sesudos y prudentes se decidan a calificar esta crónica de «excesivamente periodística», el que suscribe no tiene más remedio que ocuparse en ella de una serie de acontecimientos que han llenado la emoción y el interés de los españoles en estas semanas. Y se trata, pura y llanamente, de sucesos deportivos. Estamos igualmente lejos de quienes consideran al balón como un satélite del universo que de quienes niegan al deporte toda categoría educativa, nacional y social. ¿Cuántos hechos sociales encuentra la vida moderna más importantes que la competición deportiva que atrae dominicalmente a millares y millares de almas en torno al césped de los estadios? Si todavía fuéramos tan ciegos que nos negáramos a verlo, bastaría la técnica soviética de las olimpiadas populares para mostrarnos qué gigantesco tema plantea la alegría y la fuerza del deporte.

Pues bien —y limitándonos a su aspecto de relación deportiva española con países extranjeros— los meses de enero y febrero han sido testigos de una amplísima actividad. Mala suerte, desde luego, para el músculo y la destreza españoles.

Primero llegaron los campeones argentinos de fútbol del San Lorenzo de Almagro, capitaneados por el gran medio ala español, Angel Zubieta. Llegaron bajo la nieve, jugaron y vencieron. Sólo el Real Madrid supo darles victoriosamente una certera réplica de brío y de juego. Durante días y días —¿qué le vamos a hacer?— los españoles han llenado sus discusiones con el exclusivo tema de la táctica del pase corto y del pase largo. La fuerte zancada de la delantera argentina, su estilo personalísimo y su manera perfecta, casi de rejería, de practicar el fútbol, causaron una impresión enorme. Delante del Caudillo y del Embajador argentino, en una tarde memorable, dieron buena cuenta de un «combinado» español, preparado acaso con excesiva precipitación. El público madrileño, desilusionado, pero generoso, terminó sacando en hombros, como a los buenos matadores, a los futbolistas argentinos. Se anunciaba de todas maneras una débil situación del viejo y glorioso fútbol hispano. En Lisboa, a los pocos días, el equipo portugués —víctima habitual y deportiva de las selecciones españolas— conseguía su primera victoria sobre nuestro cuadro nacional. Campanas al vuelo, literatura pindárica en lengua portuguesa, etc. Al domingo siguiente, llega a Lisboa el San Lorenzo de Almagro y aplasta literalmente a los vencedores de España por una enorme diferencia. El consuelo era muy relativo; pero se argüía la posible «mala tarde» que todos los equipos llevan, de vez en cuando, dentro. Viaje, a las tres semanas, a Dublín y partido con la fortísima selección irlandesa. Resurge si no la suerte, al menos el viejo coraje español. En el barrizal, nuestros hombres se batieron —dicen todas las crónicas— de una manera ejemplar, y si perdieron por la mínima diferencia el signo contrario de la contienda no quita que algunos vean alborear nuevamente el poderío futbolístico español. El árbitro inglés Barrick y los críticos deportivos británicos no han escatimado los elogios.

Y como nuestra agenda de cronista es, de cualquier modo, mucho más seria y congruente que la famosa «agenda» de la O. N. U., retornemos de nuevo a los temas esenciales de la vida española. El Conde de Guadalhorce, inolvidable y experto ministro de Obras Públicas durante la Dictadura del

general Primo de Rivera, ha sido nombrado por el Caudillo presidente de la Red Nacional de los Ferrocarriles Españoles. El mundo de la ingeniería y de la técnica españolas acogen el nombramiento con manifiesta alegría. La gestión gubernamental de Guadalupe va unida, bajo los pacíficos años de la Dictadura, a una obra grandiosa de potenciamiento hidráulico, al nombre y a la tarea de las Confederaciones Hidrográficas y también al soberbio tejido de carreteras que fueron orgullo del turismo europeo. El corresponsal de *Arriba* en Buenos Aires visita al ilustre ingeniero español y escucha de él las siguientes palabras: «Regresaré a mi Patria con enorme alegría y satisfacción para colaborar con todas mis fuerzas en la obra del Gobierno de Franco».

La Patria recibe la visita de una figura señera de la Ciencia española. Don Julio Rey Pastor, el gran matemático riojano y profesor desde hace muchos años de la Universidad de Buenos Aires, llega, tras larga ausencia, a España, en viaje de estudios. En Sevilla y en Madrid trabaja activamente en los archivos sobre los temas relacionados con la técnica y la ciencia en el descubrimiento de América. Su conferencia en la Universidad Central, ante las jóvenes promociones científicas, fué acogida con clamoroso entusiasmo. También en sus declaraciones al diario *Arriba* subraya el avance extraordinario que ha observado en la Ciencia española y afirma que aconsejará el retorno a España a todos aquellos que, al socaire de falsas propagandas, se resisten a volver. Antes de embarcar para Buenos Aires afirma que volverá anualmente, y, coincidiendo con las vacaciones universitarias de Argentina, explicará un cursillo en la Facultad de Ciencias madrileña.

«CIVILTÀ CATHOLICA» ESCRIBE SOBRE ESPAÑA.

De toda esta serie, un poco desordenada de sucesos —políticos, intelectuales, artísticos, económicos y aun deportivos— se observa que el nombre de España y la actitud erigida de su Régimen constituyen por días una afirmación más extensa y de amplitud más universal. No podemos dejar

de recoger una lanza rota por España en la primera revista del catolicismo. *Civiltà Catholica*, publicación de cuya importancia, solvencia y oficiosidad nos parece obvio escribir, publica un artículo del jesuita P. Messineo, en el que, después de examinar con objetividad y tristeza la tarea de las naciones encargadas de organizar la paz, se enfrenta con el llamado «tema español». «Que el compañero Stalin y su digno comisario de Asuntos Exteriores tengan una cuenta que arreglar con España después de la derrota de sus generales, que mandaban en la guerra civil, se comprende; lo mismo que se comprende el gran interés que puede tener el bolchevismo en subvertir el orden en una nación que se ha mantenido tranquila, para pescar en río revuelto y preparar el terreno para su expansión. No se comprende, por el contrario, cómo las demás naciones para quienes el avance ruso en el corazón de Europa y el desbordamiento del eslavismo hasta el Adriático, en los confines de Italia, debería quitarles el sueño, pueden secundar el juego soviético y ayudar a la disgregación de un ángulo de Europa donde aun impera cierto orden.» «Está claro que una guerra civil en España, consecuencia inevitable de la retirada de Franco, pondría otra vez en antagonismo los intereses de las naciones vecinas y lejanas, así como ocurrió en la guerra pasada, con peligro de complicaciones cuyo final no se puede prever.» «La lucha en torno a España, despojada de todas las falsas tintas que le han sido dadas por los interesados en ello, es un episodio de una lucha ideológica más grande aun, que hoy se combate en el mundo entre la civilización universal y cristiana y la pseudocivilización asiática, procedente de las estepas rusas y que amenaza ahogar a Europa.» «El pueblo español se ha agolpado en derredor de Franco y no ve en él al odiado opresor, como lo pinta la prensa internacional, sino la expresión del genio nacional en lucha con los enemigos exteriores para la salvación del país.»

No intentamos extraer de esos juicios argumentaciones propagandísticas; pero nos limitamos a señalar cómo las mentes más ponderadas y tranquilas del universo llegan, en última instancia, a coincidir plenamente con la misma y pre-

clara voz que nos rige. En sus declaraciones al periodista norteamericano, Constantine Brown, S. E. el Jefe del Estado afirmó: «Que el comunismo no nos quiera, es justificable; nosotros tampoco lo queremos; que las luchas para imponer esa idea en el mundo aspiren a una liberación de España como la de Polonia y Yugooslavia también es perverso, pero es humano. Mas lo que no se alcanza a comprender es por qué inspirar odios ni recelos en el seno del pueblo americano cuando la neutralidad de España es un acto pacífico que, sirviéndola a ella misma, sirvió en cierto modo a la victoria». Y más adelante, en su conversación, el Caudillo concreta más su estupor ante determinadas actitudes y reafirma su propia e inflexible actitud: «No tenéis, ni nadie os ha otorgado, la responsabilidad frente al pueblo español para darle un Gobierno a vuestro gusto. Esa responsabilidad, que sí teníais con países liberados, acabó con cuanto sucede en Polonia, Yugooslavia y países balcánicos, ya sé que a vuestro pesar; pero el hecho es que donde teníais responsabilidades, Gobiernos comunistas dictatoriales y persecuciones terroristas predominan, y, sin embargo, no han llegado las explosiones de justa indignación hasta retirar los Embajadores de dichas naciones. Comprenderéis el sentimiento del pueblo español ante la magna injusticia con que habéis secundado la conducta de los pueblos maquinadores».

Aunque no compete a esta crónica la valoración y examen de la tarea cumplida por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, hemos de referirnos, cuando menos, a la solemne ocasión de su VII Pleno y a cuya sesión de clausura asistió el Jefe del Estado. Si subrayamos esta solemnidad, dentro del marco general de los acontecimientos nacionales y políticos, lo hacemos a la vista de la excepcional proyección que la fecunda tarea del Consejo tiene ya en el interior y en el exterior. Fué el propio ministro de Educación Nacional, Sr. Ibáñez Martín, quien aludió en su discurso ante el Caudillo a este reflejo singular del más alto organismo científico de España. Restablecida —al menos formulariamente— la paz entre los hombres y los pueblos de cierta buena voluntad, la política de la cultura constituye precisa-

mente el vehículo más activo y solvente de la verdadera paz. El Consejo Superior de Investigaciones Científicas ha entrado, por derecho propio, en esta red universal de las relaciones intelectuales. Hay un párrafo del discurso del ministro que conviene recoger: «La vida tiene, Señor, una extensa vibración ruidosa que aturde y sorprende a los oyentes frívolos; pero bajo esa zona sonante corren, como en el mar, corrientes hondas, estables y calladas. Bajo el oleaje turbio y apasionado de la contienda política viven los silenciosos cenáculos de los estudiosos, y allí la afanosa labor del Consejo levanta un eco de universal amistad. Son muchos ya los especialistas de Portugal, Suiza, Dinamarca, Holanda, Bélgica, Suecia, Italia, Inglaterra, Norteamérica, Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, El Salvador, Méjico, Nicaragua, Perú, Santo Domingo y Uruguay que nos han honrado con sus lecciones y sus visitas y no pocos de nuestros científicos han devuelto a estos países, en el último año, el afectuoso don de la verdad investigada».

Estas palabras del ministro encajan en el tono general de una crónica en la que pretendemos cada día fijar qué nuevos mundos, de comprensión y aun de solidaridad, nacen en torno a los hechos españoles para justificarles y para defenderles. El camino recorrido por la verdad española asombra ya en su amplitud. De aquellas horas de aquellos días en que cualquier tahir comunista o comunizante profetizaba para un minuto inmediato la ruina y la desolación de España, a estos que vamos comentando, la diferencia es evidente. Son menos raras y más valiosas cada vez las voces alzadas por todo el ámbito de la tierra para justificar y defender la causa de España. Es cierto que mucho ha puesto la sinceridad, la prudencia y la decisión del Régimen español; pero no puede negarse que los enemigos han hecho de su parte todo lo posible para hundir en el descrédito y en la burla sus «fórmulas» contra España.

LA FALANGE RECuenta SUS OBRAS

Y si en el exterior se va percibiendo con entereza la política de España, en el interior un impulso general de vigorización y de íntima y renovada fe anuncia una nueva etapa. No podemos dejar de subrayar, como un acontecimiento político de enorme envergadura, el discurso que el ministro de Trabajo, José Antonio Girón, pronunció en Valladolid el día 4 de marzo. Desconocer la trascendencia de este discurso sería necio. Acaso —algún periódico la ha escrito— la Falange no ha recibido, desde el año 1936, unas consignas más concretas y animosas. En este aniversario de la unidad falangista y jonsista, el ministro de Trabajo quiso exponer cómo y por qué razones el antiguo y glorioso ideario, que llevó a una generación de españoles a la muerte por España, se mantiene entero y posible. Es más; Girón quiso decir que fuera de esa posibilidad, hecha y derecha, a España no la queda otra alguna. Sin descuidar la crítica, en aquellos aspectos que la requerían, el ministro de Trabajo razonó cuidadosamente los temas de la ilusión falangista e inicial que van siendo cumplidos en la diaria tarea de gobierno. «Que si es verdad que no estamos nada cerca de nuestros ideales, es por lo menos seguro que estamos menos lejos de ellos que nunca.» Fué, al mismo tiempo, el discurso de José Antonio Girón un empeño valeroso contra los apresurados y los impacientes. Fué una convocatoria animosa para la acción; pero no para la acción bronca, desarticulada y sin objeto. «En ningún combate la calidad de los combatientes decide exclusivamente la victoria. Juega la ciencia de disponerlos sobre el terreno, de conducirlos —aprovechando en la mejor forma las circunstancias— hacia las metas necesarias. Hace falta la táctica; pero la táctica noble y resuelta de guerra, se entiende. Hay muchos a quienes asusta esa palabra porque la entienden como sinuosidad, como sinónimo de rodeo o de transigencia. Muchos para quienes el verdadero estilo consiste en estrellarse contra el obstáculo y no en aniquilar a quien se oculta detrás.»

Antes, el discurso de Girón habría podido parecer des-

afiante y con pujos de adelantada insolencia; más tarde habría podido encontrar demasiada impaciencia huída, demasiado yermo espiritual en torno. En política se triunfa sólo cuando se acierta limpiamente en la diana del tiempo, y éste es, a nuestro juicio, el primero y más alto elogio que corresponde al discurso de Girón. Es este ministro, además, el que representa con más exactitud el ideal falangista. Su tarea es muy difícil, porque aplicar fórmulas nuevas de existencia sobre paisajes sociales envejecidos y gastados es gestión mucho más lenta de lo que creen los apresurados. «Se nos hostiga desde los más altos puestos para ir todavía más adelante» —dijo en Valladolid el hombre que de una manera más directa y segura acomete los rumbos revolucionarios del Régimen—. ¿Qué más se puede pedir en medio de tanto y tan universal desastre? En la gran tarea nacional, vino, en resumen, a decir Girón, no existe labor o sacrificio que un falangista pueda echar lejos de sí por tedio o por escepticismo. Entre el vendaval de la historia, además, la causa de la Falange aparece cada vez más inseparable de la causa del buen sentido.

También en el horizonte político adquieren amplio eco las declaraciones del ministro de Asuntos Exteriores, Sr. Martín Artajo, al periódico argentino *La Tribuna*. Siempre firme; pero hoy más que nunca renovada, la cordialidad hispanoargentina no deja de ser aprovechada turbiamente por los comentaristas enemigos de España. Donde todo aparece meridianamente claro, se intenta utilizar con las peores intenciones. Hay quienes de un orden de cosas que navega a la luz del día pretenden señalar una especie de horrendo peligro para la honesta causa democrática. Sin referirse concretamente a nadie, y dando a sus palabras el tono de sincera y habitual manera diplomática de España, el Sr. Martín Artajo dice: «La amistad hispanoargentina no va contra nadie; pero debe servir de ejemplo de libertad y convivencia cristiana y de estímulo para todos. En nuestros actos de fraternidad hispana no hay reto ni desafío alguno. Obedecen, sencillamente, al hecho innegable de que España y los pueblos de su habla poseen un común acervo espiritual que

tienen el sagrado deber de cuidar y acrecentar.» «Ni el Gobierno de España ni el de la Argentina gustan del viejo estilo de la maniobra diplomática y de las posiciones ambiguas y dan paso, por el contrario, a una clara y limpia sinceridad.»

La crónica no entrega esta vez una mayor densidad de sucesos políticos. De paso para Roma, los infantes D. Jaime y D.^a Cristina de Borbón se detienen unos instantes en el aeropuerto de Barajas y, a continuación, durante breves días, en la capital de Cataluña. Los ilustres viajeros reciben el homenaje oficial del Gobierno y del pueblo de Madrid, representado aquél por el jefe de la Casa Militar del Caudillo, general Martín Alonso, y el segundo por el alcalde presidente del Ayuntamiento de la Villa, conde de Santa Marta de Babio. Un numeroso grupo de madrileños hizo objeto a los infantes de una cordialísima y simpática acogida, que toda la prensa española subrayó con afectuoso interés.

UN EMBAJADOR

Fieles y amistosas obligaciones de la crónica y del cronista obligan a recoger con especial atención el nombramiento de D. José María de Areilza para el cargo de Embajador de España en la República Argentina. El nuevo embajador inició en estas páginas la crónica nacional y ella le debe los juicios más agudos y valerosos sobre la vida española de los últimos años. La importancia y sensibilidad de nuestras relaciones con Argentina exigían un extraordinario golpe de vista en la elección de un representante máximo. Mucho se ha escrito estos días merecidamente de la persona del nuevo embajador y mucho, desde luego, cabe esperar de su inteligencia y de su juventud; pero, si fuera posible, nos atreveríamos a decir que todavía esperamos mucho más de Areilza, por tratarse de un auténtico representante de este tiempo y de estas generaciones españolas. Lo que es la Patria y lo que sueña ser, a vuelta de tantas vicisitudes y sacrificios, constituye realmente el impalpable tejido de ilusiones que han forjado estas Cartas credenciales. Con Areilza va la esperanza de Espa-

ña; pero va también el orgullo de una victoriosa estirpe de españoles que con él puede proclamar en la vida internacional un lenguaje y un estilo. Estamos convencidos de que su nombramiento constituye una intuición genial de todos los deseos y esperanzas de la mejor España. ¡Que Dios le guíe!

ISMAEL HERRÁIZ.